

CIELO AZUL, NO ES TAN AZUL



En un lugar lejano, en otro continente, había una pequeña ciudad muy bella, pero con un gran problema del cual nadie quería hablar.

La gente que vivía en Cielobazul, que así se llamaba la ciudad, hace tiempo no veía el cielo tan azul, cada vez que miraban hacia el cielo, veían una capa gris.

En el pueblo vivían los amigos Rayen y Nahuel, además de don Raúl, quien era un gran observador e inventor y uno de los ciudadanos más antiguos del lugar. Había inventado muchos artefactos con diferentes fines: unos para medir la temperatura dentro de las casas, otros para medir la velocidad del viento, otros para saber qué porcentaje del cielo está cubierto por nubes, otros para predecir la nieve y la lluvia, otros para calefaccionar las casas y muchísimos más se sumaban a una lista casi interminable. Al ser tantos inventos, muchos de ellos estaban guardados, pues ya no se acordaba para qué servían.

Un día de invierno en el colegio de Cieloazul, la profesora le pidió a los niños que observaran el aire de la ciudad y anotaran lo que veían y oían, recordándoles que el aire limpio de la atmósfera es incoloro e inoloro, es decir que no tiene ni color ni olor. Camino a casa, Rayen y Nahuel pensaban en la tarea que les habían dado, ellos miraban y miraban y solo veían una capa gris que les impedía ver el cielo. Al apurar el paso, respirando con cierta agitación, se dieron cuenta que había un olor característico de cada invierno que no sabían de dónde salía.

Se les ocurrió ir a visitar a Don Raúl para preguntarle sobre lo que pasa en la atmósfera de Cieloazul. Además, querían saber si él tenía instrumentos que podrían ayudarlos a comprobar si es cierto que el aire no está limpio.

Don Raúl, que era muy sabio, les explicó que el aire es la mezcla de gases que componen la atmósfera y que se encuentran pegados a la Tierra. Les dijo también que el aire es fundamental para el desarrollo de la vida en la Tierra y que sin él nuestro planeta estaría muerto y no podrían existir plantas, animales ni seres humanos. El aire se encuentra en todas partes pero no se puede ver, oler ni oír les dijo para concluir.

-¡Pero Don Raúl!, nosotros sí oímos algo, ¿no sabemos qué es? mmm, entonces... ¿no es aire? –preguntó Rayen-

-Claro que lo que olieron no es aire puro, es contaminación que probablemente ha venido de los calefactores. ¿Han observado que al pasar frente a una panadería en la hora en que están

cocinando el pan huelen algo muy rico, que les abre el apetito? Bueno, es el olor del pan que sale a invitar a los caminantes a comer pan calentito.

-¡Sí!, a mí me ha pasado –dice Nahuel, recordando un crujiente pan francés-

-Don Raúl, ¿cómo podríamos saber qué es lo que olemos?, o ¿qué hay en el aire que no es aire? –pregunta muy intranquila Rayen-

-Existen unos instrumentos de medición de partículas pequeñas, tan pequeñas que muchas de ellas te caben en un solo pelo. Esa información se publica todos los días en internet. A veces, la contaminación está tan alta que nos podría afectar la salud, en esos días recomiendan no hacer actividad física –comentó Don Raúl-

-A nosotros nos gusta mucho hacer educación física ¡no queremos que suspendan esas clases! ¿Qué podemos hacer para ayudar a limpiar el aire contaminado? –preguntan preocupados-

-Bueno, varias cosas pueden contribuir. Una es mantener los artefactos de calefacción en buen estado, eso quiere decir que deben estar limpios, especialmente los cañones; usar leña trozada y seca para mantenerse calentitos, ¡jamás quemen plásticos o basural!, ni tampoco usen cera o parafina para encender el fuego, ¡eso es muy, muy contaminante! Teniendo claras estas acciones, podemos ayudar no solo a limpiar nuestro aire, sino también a prevenir incendios.

-¡Uy! Son varias acciones, pero no son tan difíciles, ¡voy a tener que conversar con mi familia! –dijo Nahuel-

-¡Tienes razón Nahuel!, yo también debo hablar con mis papás para que sepan cómo se usa correctamente el calefactor y así contaminar menos nuestro aire –comentó Rayen-

Los niños agradecieron a Don Raúl por sus consejos y sus sabias palabras, se despidieron cariñosamente y caminaron a sus casas pensando en conversar con sus familias sobre lo que habían aprendido con él.

Así fue como Rayen y Nahuel pudieron entender por qué en invierno sentían un olor distinto y qué hacer para ayudar a mantener el aire limpio. Al día siguiente, dentro de su clase compartieron lo aprendido y buscaron entre todos, la forma de poner en práctica los sabios consejos de don Raúl. Y así Cielobazul volvería a tener un cielo azul.